

GERMAINE BLANC

KARA Y LA TIERRA PROHIBIDA



Áurea Ediciones

I

Todo comenzó con un renacer silencioso. Tras el derrumbe de imperios, ciudades y lenguas, el mundo se transformó, se limpió de todo lo que estaba enfermando su espíritu, extendido hacia sus propias raíces. Aún se podían encontrar los vestigios del mundo antiguo entre helechos y cubiertas de musgo. El cemento fue sepultado, siendo la base de todo lo que no debería volver a ocurrir. Fue un artístico renacer en algo más pleno, como la oruga se encierra en su crisálida para salir como una mariposa.

Ahora, prístina la tierra, pudo al fin respirar con el viento, pasando a través de los árboles y sus hojas, llevándose así el peso de los monumentos de metal

del antiguo mundo, como las cadenas que atan por dentro, impidiendo extender las alas. Es un estado del alma, libertad que se conquista, se cultiva y se protege. En este renacimiento del mundo que ha dejado de defenderse para empezar a florecer, se escuchaba un murmullo hecho de hojas que se rozaban, ríos que se desperezaban y un viento que no huía. Los excesos se marcharon como aquella marea que se retira cansada, dejando tras de sí un suelo húmedo y fértil. La tierra, ya sin gritos ni cicatrices frescas, volvió a su equilibrio. Y así, bajo cielos y ríos que volvían a cantar, llegaron los nuevos habitantes. No vinieron a conquistar, sino a habitar. No tomaban, sino que entregaban. Araban la tierra con cuidado y respeto, bañándose en sus aguas cuando estas se lo permitían, nadando con las criaturas marinas. Cada especie se movía armónicamente dentro de un equilibrio natural, y cohabitaban pacíficamente. Esta nueva energía fue la respuesta a una plegaria ancestral.

En esta nueva tierra el viento acariciaba las montañas, en los árboles crecían frutos infinitos y las criaturas que reinaban en el cielo también reían con el mar. El alma humana retoñaba y con esto renunciaba al egoísmo, la avaricia y el poder, regresando a una pureza olvidada, esa pureza del alma incorruptible que se fue perdiendo a lo largo de la cadena. La supervivencia dejó de ser un acto de conquista; se convirtió en una oda a la unidad y la gratitud. Se evolucionó a una progresión en donde las comunidades se ayudaban mutuamente y acompañaban; su unión no era solo territorial, era

una forma de vida compartida. Una visión del cosmos distinta, clara y sencilla, creando una identidad en torno a una conexión profunda con la tierra, sus ciclos y ritmos. Una sintonía perfecta.

Contaba la leyenda que esta evolución espiritual se produjo por los Cuatro Arcanos, guardianes invisibles del mundo, pilares elementales que sostenían el nuevo mundo tras la caída. Eran más que fuerzas: eran conciencias vivas, vigilantes imperceptibles que daban forma y sentido a los reinos. Cada uno de estos guardianes potenciaba un elemento que se desplegaba en todo su esplendor en un tramo mágico de la tierra. Su manto invisible cubría esa zona, destacando así cuatro de ellas: la tierra, agua, aire y fuego, representantes en este nuevo orden de la estabilidad, la fluidez, la libertad y la transformación. Estos cuatro componentes fundamentales de la naturaleza y del universo constituían un credo a la simplicidad, una existencia plena. Esta renovada percepción generó una conexión sin igual con la naturaleza, con todos sus beneficios, como la alquimia, que significaba tierra negra, sus orígenes provenientes de la fertilidad de un río en la época de las pirámides.

Transformaba no solo la materia, sino también el alma.

En esta tierra, cada elemento tenía su propia geografía y característica: el primer arcano y reino se llamaba Soleil, la tierra donde comienza todo. Representaba el origen y la gestación, donde nace la vida y se purifica el interior. Regido por el elemento agua, su arcano fluía con el océano cual ondas orbitales, las que se forman

en el límite entre el aire y el agua, sin desplazarse horizontalmente, siguiendo su propia trayectoria elíptica. La vida es agua y esta bailaba con sus nuevos habitantes; su espíritu vivía en cada oleada tranquila que besaba la suave y blanca arena. Cada brisa marina traía olor a sal, olor tan instintivo donde el océano era el protagonista.

Su punto cardinal se encontraba en el sur del mundo, donde los árboles predominaban, entregando una gran diversidad de bosques frondosos, verdes y densos, junto con el mar, ríos y lagos. En esta nueva tierra vivía una pequeña comunidad llamada Skali, que fluía en conjunta armonía con el océano, donde los frutos del mar nutrían a sus habitantes, en una simbiosis perfecta donde cada ser vivía y dejaba vivir, recobrando lo que se había perdido y elevando la conciencia hacia el cielo, predominando ciertas capacidades especiales. Estos nuevos humanoides poseían un agudo sentido de percepción extrasensorial, capacidad mental que no se obtenía a través de los sentidos tradicionales. Con solo un poco de magia, eran capaces de detectar los pensamientos y emociones de otros seres a través de sutiles cambios en la energía circundante, lo que hacía un puente que permitía comunicarse sin necesidad de palabras. Los ojos, espejos del alma, conversaban sin emitir ningún sonido. Estos skalianos podían influir en los sueños de quienes dormían cerca de ellos, proyectando visiones como una forma de proteger a quienes consideraban dignos de su compañía, entregándoles calma y consuelo si esa fuese la necesidad.

Además, poseían la capacidad de comunicarse con la vida marina a través de una resonancia especial en su canto. Su voz melódica emitía frecuencias imperceptibles para los oídos de algunos, pero que resonaban en el agua como un llamado profundo que se extendía por kilómetros. Ballenas, delfines e incluso criaturas de las profundidades parecían responder a ese llamado, estableciendo un vínculo que trascendía las barreras del lenguaje convencional.

La comunidad de Soleil se ubicaba en todas las costas vibrantes, su geografía era un entorno marino fantástico. A lo largo de estas costas, se podía vislumbrar una abundancia de botes pescadores, que de noche se veían como pequeñas naves del cielo, sus luces titilaban. Eran navegantes expertos y nadadores innatos. Para sus habitantes, entregar agua era entregar abundancia, tener agua significaba un sustento que no solo representaba satisfacer el cuerpo. Cada quien era bendecido primero por el agua, que purifica y limpia, para luego salir gritando hacia los aires. Por eso, su espacio en este mundo se encontraba donde el mar abrazaba la tierra con sus aguas espumosas. Sus construcciones estaban hechas con materiales nobles, mirando siempre hacia el horizonte, arriba en el acantilado. Otras casas estaban construidas sobre pilotes, permitiendo que las olas fluyeran por debajo; de noche, estas se mecían y mecían con su sonido a los demás, como una madre acunando a su hijo. Los caminos se marcaban con arena y conchitas, siempre entre bosques selváticos. Celebraban festivales en honor a las mareas y la luna,